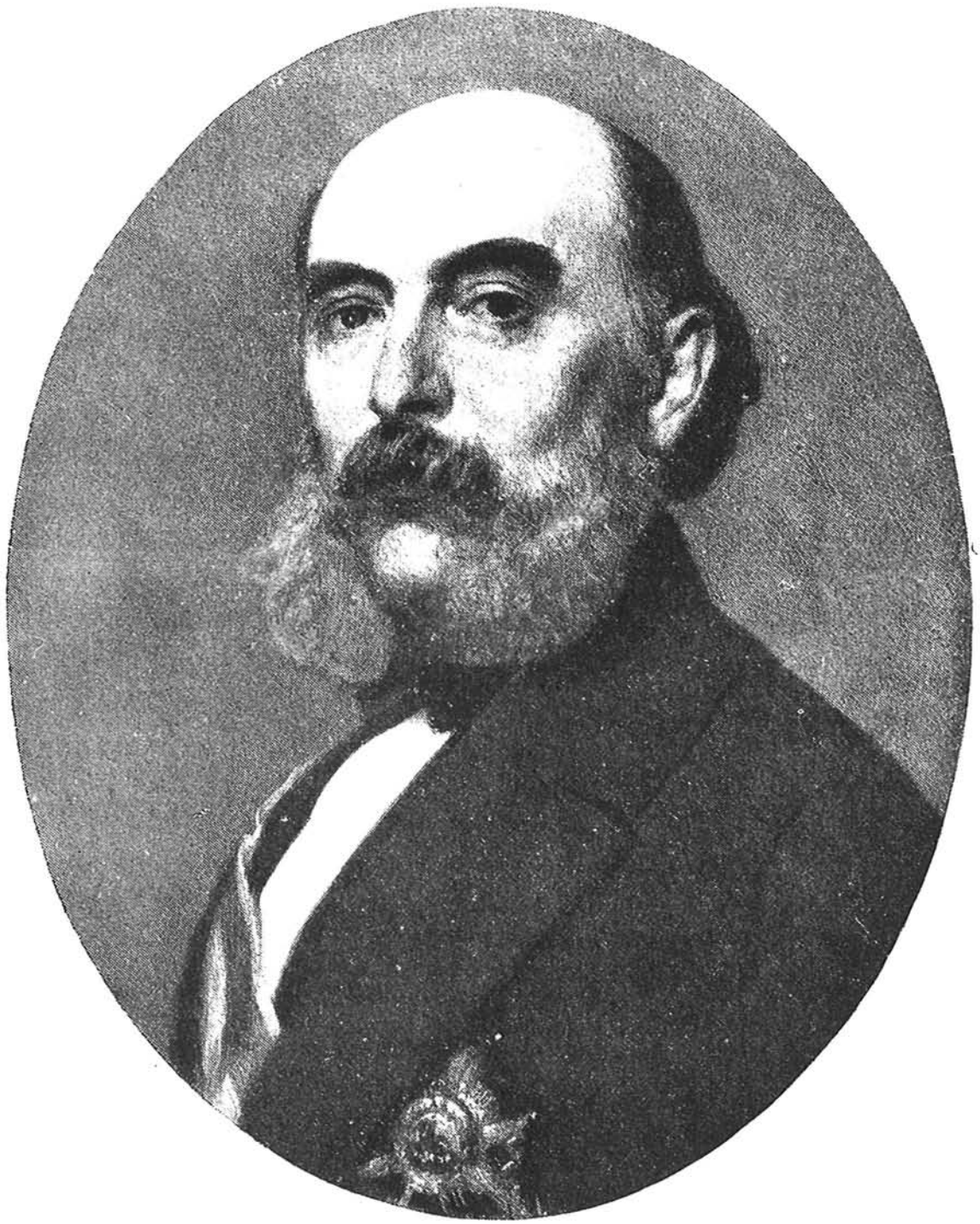


EXCMO. SR. D. JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS

Nació el 30 de Abril de 1818. Murió el 17 de Febrero de 1878

TOMO LXXIII **Julio, 1918.** CUADERNO I.

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

INFORMES

I

DISCURSOS LEÍDOS EN LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES EN LA CELEBRACIÓN DEL CENTENARIO DEL NATALICIO DE LOS SRES. AMADOR DE LOS RÍOS Y MADRAZO EL 19 DE MAYO ÚLTIMO (1)

Discurso del Ilmo. Sr. D. Vicente Lampérez y Romea, Académico de número de la de Bellas Artes de San Fernando.

SEÑORES:

Las Reales Academias de la Lengua, de la Historia y de Bellas Artes, unidas fraternalmente, como hermanados están sus altísimos fines culturales, celebran esta magna sesión en recuerdo y alabanza de dos próceres del saber patrio: los Sres. D. Pe-

(1) *Extracto del acta del viernes 24 de Mayo de 1918.*—«Al dar cuenta de los ejemplares que para su distribución había puesto á disposición de la Academia la de Bellas Artes de San Fernando de los *Discursos* leídos en la sesión pública en honor de nuestros antiguos Numerarios excelentísimos señores D. José Amador de los Ríos y D. Pedro de Madrazo, hice presente que habiendo en tan solemne acto llevado la voz y la representación de nuestro Cuerpo el Sr. Ballesteros y Beretta, si á la Academia parecía bien se reprodujese en nuestro BOLETÍN el que él leyó. El señor Puyol hizo observar que aunque el Sr. Lampérez, en el suyo, lo hizo á nombre de la de San Fernando, que le había investido de idéntica repre-

dro de Madrazo y Kuhntz y D. José Amador de los Ríos y Serrano, con ocasión de los centenarios de sus nacimientos, cumplidos el 11 de Octubre de 1916 y el 30 de Abril de 1918, respectivamente (1). Y es la Real Academia de Bellas Artes la que abre hoy la casa solar á sus compañeras, con honra que quedará marcada con piedra blanca en su historia.

No son, ciertamente, una novedad en ella la reunión de selectos concursos para enaltecer las memorias de los fenecidos ilustres. Llenos están sus Anales de actos semejantes al que ahora aquí nos congrega, en los que llevaron la voz, en su nombre, las más eximias mentalidades españolas. Así será también en la ocasión presente por parte de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia. Menos feliz la de Bellas Artes, tiene en mí inadecuado representante. Mas á bien que la alteza del objeto suplirá lo humilde de la disertación. De ella os compensará con creces la majestad de lo que después habréis de oir.

Son los Sres. Amador de los Ríos y Madrazo grandes figuras representativas de ese período español que, nacido durante la época del romanticismo, todo fuego y vehemencia, toca los linderos de nuestros días fríos y analíticos. Fueron ambos *hombres proteos:* historiadores, poetas, arqueólogos y literatos; no hubo disciplina, dentro de esas materias, que no les fuese familiar. El número de sus producciones admira; la cantidad de sus doctrinas abruma; su actuación en la cultura patria les hace dignos de todos los homenajes. De tan abundante caudal, tócame á mí recoger tan sólo lo que á las Bellas Artes se refiere. Mas es tan

---

sentación, perteneciendo dicho señor también á la de la Historia, merecía igual consideración, y, por último, que del mismo modo podía reproducirse el del Sr, Maura, tanto por ser Director de la Española, nuestra hermana, cuanto por tratarse de dos Académicos ilustres, los Sres. Amador de los Ríos y Madrazo, que en vida habían honrado las tres Academias allí representadas y á las que habían prestado el poderoso concurso de su ilustración y sus talentos. La Academia aprobó esta moción y quedó acordada la reproducción de los tres discursos en el número más inmediato del BOLETÍN, después del del próximo Junio, que estaba ya terminado».—*El Secretario accidental,* JUAN PÉREZ DE GUZMÁN Y GALLO.

(1) Don Pedro de Madrazo y Kuhntz murió el 20 de Agosto de 1898 Don José Amador de los Ríos, el 17 de Febrero de 1878.

extenso el campo que cultivaron Madrazo y Amador de los Ríos, que apenas si podré espigar en él lo más sazonado: lo que mejor exprese, en apreciación sintética, los talentos de los insignes críticos, sin pretensiones de biografía ni de juicio totalmente comprensivos.

***

Fué el período de 1840 a 1868 algo capital en la cultura artística española. No tenían sus hombres cimientos sobre que apoyarse. Cierto que Jovellanos y Capmany, levantándose ingentes sobre los exclusivismos neoclásicos del siglo XVIII, habían señalado rectos caminos de buen gusto, de crítica sana, de amplitud de miras y de sagaz análisis. Pero borrados después con las ruinas que acumularan nuestras guerras y discordias políticas, épicas unas, vergonzosas las más, necesitábanse fuerzas hercúleas para desbrozar los obstruídos senderos, aplanarlos y extenderlos. Y como llamados a la tarea por providencial designio, surgieron los Caveda, Carderera, Quadrado, Assas, Piferrer, Ríos, Janer, Villaamil, Rada y Delgado, Tubino, Madrazo, Amador de los Ríos, y tantos otros. Los dos últimos son, por justísimos títulos, *figuras* cumbres entre tan lucida pléyade.

Únenlos ciertas analogías de abolengo, origen y sucesión. Don Pedro de Madrazo fué hijo de un pintor; tuvo hermanos pintores y arquitectos famosos, y por herederos, artistas y críticos que sostienen noblemente el honor del apellido. Y nació D. José Amador de los Ríos de un escultor; se hermanó con arquitectos y literatos de celebridad, y dejó descendencia de historiadores y artistas de renombre bien adquirido. En otros aspectos de la vida, el acaso los separó. Madrazo, á quien la suerte allanara el camino, encontró entrañables protectores en su propia familia. Fué Académico á los veinticinco años; poeta mimado por la sociedad romántica de su tiempo; crítico é historiador acaparado por los editores; alto y tranquilo funcionario á quien respetaron todos los partidos; y gozó vida prolongada, cumpliendo los ochenta y dos años.

Amador de los Ríos, por el contrario, luchó por la vida, al

principio con medios que no eran los suyos propios: fuéle largo y difícil encontrar valederos; tenía ya cuarenta y un años cuando vió abiertas las puertas de esta Academia; atravesó períodos de tormentosas luchas, bajo las responsabilidades de difíciles cargos políticos, en los que todo le fué hostil; y murió á los sesenta años, cuando, en la plenitud de su talento, aun podía ofrecer á su patria labor provechosísima.

Un nuevo lazo de comunidad hace paralelas las existencias de los dos grandes hombres; su colosal sabiduría en cuanto á las Bellas Artes se refiere; su vida consagrada al más elevado sacerdocio de la enseñanza; su intensa labor. Éranles familiares la Arquitectura, la Pintura, la Escultura y las Artes suntuarias, no sólo en su historia, sino en sus formas y diseños, en su técnica y factura, cuyos conocimientos derramaron en sus escritos.

Examinémoslos individualmente, y veremos confirmada aquella comunidad.

***

Tuvo D. José Amador de los Ríos espíritu é inteligencia de *apóstol*. Aunque no le faltaron producciones meramente poéticas y literarias, especializó en las disciplinas históricas, tomadas siempre, desde la más alta tribuna, en el sentido pedagógico, doctrinal y dogmático. Su estilo altisonante, y alguna vez gongorino, ayudaba por modo maravilloso á la expresión rotunda y categórica de sus teorías, que, cual si llevasen en sí algo de la intensidad y constancia con que habían sido concebidas é investigadas, quedaban esculpidas en las páginas de sus libros con incisiones hondísimas, como afirmaciones incontrovertibles y definitivas. Muchas é impiadosas críticas ha merecido ese *dogmatismo* de Amador de los Ríos. Pero no son, ciertamente, algunos de los arqueólogos modernos los que, limpios de análoga culpa, puedan tirar la primera piedra. Porque sobran en la Arquelogía actual las más atrevidas aseveraciones, frecuentemente sentadas con pretensión de videncia infalible, con sequedad cortante é inapelable. Y cuéntese que los dogmatismos de Amador de los Ríos apoyábanse siempre en el andamiaje de su gran sabiduría.

Porque, dueño de enormes fondos de lenguas muertas y vivas, de filosofía, de literatura, de historia, de epigrafía y de técnica artística, podía por justos títulos ascender á los solios desde los cuales se dictan leyes y decretos. Y nótese también que, hermanándose admirablemente aquella sabiduría, su dogmatismo y su estilo, dan una de las más características cualidades de Amador de los Ríos: la sólida arquitectura de sus escritos. No hay, en efecto, asunto, por menudo é insignificante que parezca, que no tome en su mano hechuras megalíticas. Recordemos como ejemplo la monografía sobre las *Las llaves de ciudades, villas castillos y fortalezas,* tema que fuera baladí para otra pluma, y que él construyó fortísimamente.

Característica dominante también de la producción arqueológica del sabio es su convencido iberismo. La vindicación de la cultura patria constituía para él apostolado ardientemente sostenido. Fué la tesis de toda su obra, literaria y arqueológica, la existencia de un gran ingenio ibérico, que, á través de las edades históricas, de las transformaciones geográficas y de los cruzamientos étnicos, perdura en la Península. Tan alto pensamiento, que el gran crítico alemán Fernando Wolf llamó «conciencia nacional», aparece en los temas por Amador escogidos siempre, y con deliberado propósito, en el ciclo nacional; se afirma en las fuentes de la educación, esencialmente españolas, y fluye de sus períodos, rotundos y convencidos. Abundan los casos demostrativos, ora en su monografía sobre las *Cantigas* del Rey Sabio, ora en sus estudios de *La estatuaria icónica en Portugal*, y en otros muchos. Pero es el ejemplo más elocuente el libro sobre el *Arte latino-bizantino de España*, con ocasión del descubrimiento de las coronas de Guarrazar. Era en 1861, y estaba el eximio catedrático en todo el apogeo de la inteligencia y del saber; y excitado su patriotismo por el éxodo al Museo de Cluny de las joyas visigodas y por la publicación de su estudio, que diera á luz Fernando de Lasteyrie, arremetió denodadamente contra el defensor del arte hordogermánico en España, sentando sobre un basamento que la Arqueología moderna ha reforzado, la existencia de un arte y una cultura hispano-visigodos en su implantación

histórica y geográfica, latino-bizantinos en sus orígenes. ¡Cuál no sería el ardor del ataque y la fuerza de los argumentos, cuando el mismo Lasterye se reconoció vencido, en expresivísima carta escrita á nuestro sabio!

¿Cómo seguir punto por punto la formidable labor arqueológica de Amador de los Ríos? Comienza en 1844 con la publicación de la *Sevilla pintoresca*. Cinco años antes había acometido Parcerisa la empresa de los *Recuerdos y bellezas de España*, confiando el tomo de *Cataluña* á la romántica pluma de Piferrer. ¿Habrá de extrañar que con este precedente, y con la juvenil edad de Amador, entrado entonces en los veintiséis años, la *Sevilla pintoresca* sea un libro sobradamente literario, no obstante su amplia y erudita visión de estilos, escuelas, monumentos y autores? Un año después publicaba la *Toledo pintoresca*. ¡Qué enorme paso dado en tan corto tiempo! !Qué cambio de criterio, de método analítico y de cultura arqueológica! ¡Qué solidez de juicio! Por ello, la *Toledo pintoresca* ha de reputarse, más que la *Cataluña*, de Piferrer, como la piedra fundamental del magnífico edificio de la Arqueología histórico-geográfica española, que más tarde levantaron Quadrado, Pí y Margall, Madrazo y algunos otros.

Después creció la constante labor arqueológica de Amador de los Ríos por modo asombroso (1). Rebosan sus escritos de las

---

(1) No está aún hecha la bibliografía de los escritos de Amador de los Ríos. Sin la pretensión de conseguirla, se incluye aquí una lista de los más salientes, relativos á la Arqueología y á la historia y crítica de las Bellas Artes, exclusivamente. Se omiten, por falta de datos, los informes académicos y universitarios y los artículos publicados en revistas.

Sevilla pintoresca.—Toledo pintoresca.—El Arte latino-bizantino en España y las coronas visigóticas de Guarrazar.—Estudios artísticos y monumentales (Siglo Pintoresco, 1847).—*Estudios monumentales y arqueológicos sobre Portugal* (*Revista de España*). — *Estudios monumentales y arqueológicos sobre las Provincias Vascongadas* (ídem íd.). — *El estilo mudéjar en Arquitectura* (discurso académico). — *Consideraciones generales crítico-históricas sobre la Arquitectura* (discurso académico en contestación al del señor D. Francisco Cubas sobre este tema). — *De la Arquitectura policrómata* (ídem íd. íd. al de D. Francisco Jareño sobre este tema).— *Historia de la Pintura* (ídem íd. íd. al del Sr. D. Vicente Palmaroli sobre este tema). —

páginas del *Museo Español de Antigüedades*, *Monumentos arquitectónicos de España*, *El Siglo Pintoresco*, la *Revista de España*, la *de la Universidad de Madrid*, el *Semanario Pintoresco* y los *Boletines* y *Anales* de las Reales Academias de Bellas Artes y de la Historia, sin contar en ellos los discursos, tesis, libros y folletos. Fueron con especialidad el *Museo Español de Antigüedades* y los *Monumentos arquitectónicos de España* las publicaciones donde Amador de los Ríos gustó de verter sus talentos, en una serie de monografías que, si lo son por los títulos, constituyen verdaderos estudios poligráficos de la más asombrosa variedad.

Así, la del *Gran tríptico-relicario del Monasterio de Piedra en*

Elogio del Duque de Rivas (discurso académico).—*Arcas, arquetas y cajas-relicarios (Museo Español de Antigüedades).*—*Arqueta de marfil de San Isidoro, de León* (ídem íd.).—*Arqueta arábiga de San Isidoro, de León* (ídem íd.). *La Basílica de San Andrés de Armentsa y la iglesia de Santa María de Estibariz* (ídem íd.).—*Códice de los cantares et loores de Sancta Maria* (ídem íd.). *Díptico consular ovetense* (ídem íd.).—*Díptico de marfil existente en el Monasterio de El Escorial* (ídem íd.).—*Llaves de ciudades, villas, castillos y fortalezas* (ídem íd.).—*Pinturas murales nuevamente descubiertas en la ermita del Santo Cristo de la Luz, en Toledo* (ídem íd.).—*Pintura mural recientemente descubierta en una casa particular de Toledo* (ídem íd.).—*El Arca sepulcral de San Isidro Labrador, en Madrid* (ídem íd.).—*Puertas del Salón de Embajadores del Alcázar de Sevilla* (ídem íd.).—*Púlpitos de estilo mudéjar en Toledo* (ídem íd.).—*Sepulcro del Cardenal Cisneros, custodiado en la iglesia magistral de Alcalá de Henares* (ídem íd.).—*Sepulcro de Don Juan I de Batalha* (ídem íd.). — *Sepulcro mural de los caballeros Don Pedro y Don Felipe de Boil, señores de Manises* (ídem íd.). *Las Tablas Alfonsinas* (ídem íd.). —*El tenebrario de la catedral de Sevilla* (ídem íd.). — *Gran tríptico-relicario del Monasterio de Piedra, en Aragón* (ídem íd.).—*Sarcófagos paganos custodiados en los Museos de Porto y de Lisboa* (ídem íd.).—*Carta de Don Juan II al Concejo y Homesbuenos de la ciudad de Segovia, anunciándoles el nacimiento de la Reina Católica* (ídem íd.).—*Mezquitas del Santo Cristo de la Luz y de las Tornerías y Puerta Antigua de Bisagra (Monumentos arquitectónicos de España).*—*Monasterio de San Juan de los Reyes, en Toledo* (ídem íd.).—*Casa-Lonja de Valencia* (ídem íd.). — *Ermita de Santa Cristina de Lena* (ídem íd.).—*San Salvador de Valdediós* (ídem íd.).—*Parroquial de San Salvador de Priesca* (ídem íd.).—*Cámara santa de la Catedral de Oviedo* (ídem ídem).—*San Miguel de Lino* (ídem íd.).—*Palacio de Ramiro I, actualmente destinado á iglesia parroquial de Santa María, en Naranco* (ídem íd.). —*Tríptico-relicario del Monasterio cisterciense de Piedra* (ídem íd.). —*Monumentos latino-bizantinos de Mérida* (ídem íd.).—*Monografía del Mosaico de Galatea* (ídem íd.). — *Palacio ducal del Infantado, en Guadalajara* (ídem ídem), etc., etc.

Aragón abarca el concepto de los dípticos y trípticos de la Antigüedad y del Cristianismo; las partes de la misa isidoriana y su significación; las maravillas naturales de la región del Piedra; la historia de Aragón y la de su heráldica; la artística de la pintura medieval, de la carpintería mudéjar, de los artistas del grafido y del dorado, y, por fin, la del relicario en cuestión. Los tres estudios sobre los *Monumentos funerarios en España y en Portugal*, pónenle en la mano la pluma para extenderse en largo análisis sobre el culto á los muertos, el Arte funerario y la estatuaria icónica en las diferentes Edades, para llegar al estudio comparativo de los sepulcros españoles y portugueses, extrayendo de ello nuevas conclusiones sobre su cara tesis de la unidad cultural iberica. El escrito acerca de *Los monumentos latino-bizantinos de Mérida* dióle margen para analizar originalísimamente las *Etimologías*, de San Isidoro, y la civilización clásico-visigoda, meritísima labor, básica de todos los trabajos modernos sobre la materia. La monografía de las *Pinturas murales de la ermita del Santo Cristo de la Luz, en Toledo*, contiene el primer ensayo de conjunto sobre aquel Arte en España, que no puede olvidarse cuando se acometa su historia, aun no escrita. Sirvióle el artículo *Códice de los cantares et loores de Sancta Maria* para hacer un largo y detenido estudio sobre la miniatura en España, á la vista de los códices de León, Albelda, Oviedo, San Millán de la Cogulla, y de los *Beatos*, para recalar en el de las *Cantigas*, que reputa como de mano española, y del que señaló su inmenso valor histórico, litúrgico, literario, artístico y arqueológico, y, en este aspecto, su interés como museo representativo de costumbres sociales, indumentaria, arquitectura, armas, muebles, máquinas, etcétera, arsenal que, en efecto, ha abastecido muchos estudios modernos. En la monografía de *Las Tablas Alfonsinas* dilucida cuerdamente que no son las *Astronómicas del Rey Sabio*, sentando el destino religioso de la joya alfonsí con una luminosa disertación sobre la técnica de la orfebrería medieval y la de los camafeos antiguos. Más que ceñirse al tema, hizo en el de las *Puertas del Salón de Embajadores del Alcázar de Sevilla* una historia de los palacios de los Reyes moros de la ciudad, con inmenso alarde

de sus lecturas sobre los cronistas mahometanos antiguos y de sus comentadores modernos, para venir, tras una extensa reseña de la arquitectura mudéjar sevillana, á marcar la influencia que en ella ejercieron los alarifes toledanos. Y en lo escrito sobre *El tenebrario de la Catedral de Sevilla* demuestra un profundo conocimiento de los libros de la ley mosaísta, con citas y disquisiciones sobre el simbolismo judaico, á propósito del candelabro que Jehová mandó ejecutar á Moisés. Fué también su monografía del *Palacio de Ramiro I, actualmente destinado á iglesia parroquial de Santa María,* en Naranco, novísima y erudita aseveración del carácter civil del monumento, que suscitó controversias que aun duran, con tendencias á sumarse, al creer del sabio arqueólogo. Así como fueron sus otras monografías sobre los monumentos de la vieja Monarquía trasmontana en Oviedo, Lena, Lino, Valdediós y Priesca, terminantes confirmaciones de ese estilo *asturiano* que Jovellanos vislumbrara con sagacidad, pero turbiamente. Y ora en las descripciones del *Palacio ducal del Infantado*, en Guadalajara, del *Monasterio de San Juan de los Reyes,* de la *Antigua Puerta Bisagra* y de la *Mezquita de las Tornerías*, en Toledo; ya en las del *Arca sepulcral de San Isidro*, en los *Dípticos profanos y eclesiásticos;* ora en los *Estudios monumentales sobre las Provincias Vascongadas*, en el ya citado análisis de las *Coronas de Guarrazar;* bien en los discursos académicos ó en las tesis universitarias, dejó Amador de los Ríos copiosísimo plantel de largos y detallados análisis, de doctas investigaciones y de universalidad de disciplinas. Y aquel espíritu y aquella pluma, que parecían tan ciclópeos y duros, supieron ser á sus veces flexibles é ingeniosos, como en el *Elogio del Duque de Rivas* (1866), en el que sostuviera las dotes de verdadero pintor de su noble Mecenas, por la lozanía de las descripciones, la disposición de los fondos y la viveza de los retratos, que brillan en el *Don Alvaro, El moro expósito*, el *Paso honroso* y demás escritos del insigne poeta.

En el año de 1878, á los sesenta de edad, moría Amador de los Ríos, en la plenitud de sus facultades. De vivir algo más, hubiera alcanzado los días de los grandes descubrimientos arqueo-

lógicos del Oriente y los nuevos métodos de análisis de las arquitecturas medievales, y, sobre todo, presenciara el *descubrimiento* de la España monumental, que, por el atraso de los medios de su tiempo, no vió sino muy fragmentariamente. Y entonces, su espíritu sintiérase satisfecho al contemplar tantos y tantos monumentos que confirmaban, con testimonios pétreos, indubitables, muchas de las teorías que él, antes que nadie, atisbó y dejó cimentadas. Por esto, de arqueólogo alguno español pueden decirse con más perfecta razón estas palabras, que otro gran sabio, Riaño, escribió de Amador de los Ríos: «Él fué en España uno de los maestros de la moderna crítica, y ningún tributo más sincero podemos consagrarle que recorrer á la luz de sus enseñanzas el ancho camino que dejó trazado á la posteridad.»

***

Reuniéronse en D. Pedro de Madrazo las dotes de la imaginación con las del estudio sentado y la conciencia erudita. Poeta romántico, recitador de melopeas en los tiempos en que su hermosa figura juvenil triunfaba en las veladas de El Liceo; escritor elegantísimo; alma rebosante de una piedad sincera, pero amable y de buen tono; espíritu selecto, amplio y cosmopolita, abierto á todos los aires, fué Madrazo, como arqueólogo y tratadista de Arte, un escritor que pudiera calificarse de *general* y *expansivo*, más que de *doctrinal* y *especialista*. Los grandes cuadros sobre una época ó una materia le atraían; las amplias disquisiciones acerca de puntos generales de Estética y Teoría le enamoraban. Y como su sangre y su educación hispano-italo-germánica y la variedad de su cultura le daban extensas perspectivas y paleta riquísima, aquellos grandes cuadros fueron siempre prodigiosamente esplendorosos.

Los comienzos de su labor crítico-artística aparecieron el año 1835, cuando Madrazo cumplía el décimonono de su vida, en el periódico *El Artista*, y, poco después, en el *No me olvides* (título expresivo, por cierto, de todo el romanticismo de la época). El primer libro fué el *Catálogo de los cuadros del Real Museo de*

Pinturas y Escultura de S. M., impreso en 1843. Inaugura con él la serie que constituye otra de sus más características especialidades: la de los libros que pudieran llamarse *misceláneas artísticas*, en los que el examen de una colección de obras le inspira ligeros bocetos, amenísimos cuadritos, sabrosos é instructivos. Tales fueron *El Real Museo de Madrid y las joyas de la pintura en España*, *Las joyas sueltas del Arte antiguo y moderno*, *La España artística y monumental*, *Los cuadros selectos de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, el *Catálogo descriptivo é histórico del Museo del Prado*, el *Viaje artístico de tres siglos por las colecciones de cuadros de los Reyes de España*, acaso su obra más completa, la que mejor retrata la *manera* de Madrazo. Tan valiosos estudios, ¡qué enorme cúmulo de datos, noticias y críticas contienen! ¡Qué esfuerzo supone el examen minucioso de tantos archivos y bibliotecas para aquel espíritu enamorado de los temas amplios, tratados con pluma ligera y libre!

No habrá de creerse por esto que Madrazo fuera inhábil para acometer los estudios concretos y determinados. Repletas están las revistas y publicaciones de su tiempo de monografías concienzudamente investigadas (1). Con asombrosa erudición trata

---

(1) He aquí la lista de sus principales obras relativas á las Bellas Artes:

Catálogo de los cuadros del Real Museo de Pintura y Escultura de S. M. — Córdoba. — Sevilla y Cádiz. — El Real Museo de Madrid y las joyas de la pintura en España. — Los estilos mozárabe y mudéjar en Arquitectura (discurso en contestación al de Amador de los Ríos). — *La escuela sevillana de pintura* (ídem íd. al del Sr. Huet). — *La Arquitectura ojival y sus orígenes* (ídem ídem al del Sr. Marqués de Monistrol). — *La pintura española del siglo XVII* (discurso pronunciado en la Real Academia de Bellas Artes en la inauguración del año académico 1870 á 1871). — *Catálogo descriptivo é histórico del Museo del Prado de Madrid.* — *Tendencias de las Academias* (discurso en contestación al del Sr. Sans). — *Joyas del Arte en España.* — *El Arte árabe español y sus orígenes* (discurso en contestación al del Sr. Riaño). *El Arte cristiano en la Edad Media española* (ídem íd. al del Sr. Oliver y Hurtado). — *Lo real y lo ideal en el Arte* (ídem íd. al del Sr. Fernández y González). — *Murillo y Rafael* (discurso en conmemoración del centenario de Murillo). — *Viaje artístico de tres siglos por las colecciones de cuadros de los Reyes de España.* — *Cuadros selectos de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.* — *Navarra y Logroño.* — *Jusepe de Rivera* (discurso con

de las visiones del Evangelista de Patmos como tema de Arte, de su sentido esotérico y simbolista, de la historia del *alto lizo* y de la particular de la tapicería llamada del *Apocalipsis*, al ocuparse de esta joya de la colección Real. ¡Cuánta profundidad y agrado, al par, hay en la excursión por la Navarra histórica, por la del cristianismo en la Vasconia, por el examen de las culturas mozárabe y carlovingia, y por las arquitecturas de las Órdenes monásticas medievales, cuando describe y analiza las de aquel cenobio que allá, en las estribaciones del Pirineo, y cabe el río Aragón, fué palacio, retiro y sepulcro de los Reyes navarros, y que aun se llama *San Salvador de Leyre!* ¿Cómo no admirar su trabajo sobre *El triunfo de la Iglesia sobre la Sinagoga,* en el que deslinda el sitio que esa pintura ocupa en la iconografía sagrada, con alarde de vario conocimiento en la mística y simbología cristiana y judaica, en los procedimientos del arte pictórico y en las atribuciones sobre los autores del *incunable* de nuestro Museo, acerca de los cuales todavía duda la crítica moderna? ¡Qué novedad en el estudio del *Retablo esmaltado de San Miguel de*

---

motivo del tercer centenario del pintor).—*Sobre las insignias de coronación y vestidos imperiales de Maximiliano I y Carlos V, y su suerte en España.*—*España artística y monumental.* — *La Arquitectura de España, estudiada en sus principales monumentos.*—*Historia de la Arquitectura española* (sin concluir, é inédita).—*Vasos italogriegos del Museo Arqueológico Nacional* (*Museo Español de Antigüedades*).—*Mausoleo de los Reyes Católicos* (ídem íd.).—*El soldado de Marathon* (ídem íd.).—*El triunfo de la Iglesia sobre la Sinagoga* (ídem íd.).—*El descendimiento de Van-der-Weyden, el Viejo* (ídem íd.). *Orfebrería del siglo XVI* (ídem íd.). —*Alhajas del Delfín de Francia* (ídem ídem).—*Pintura mural de la Almoyna de Barcelona* (ídem íd.).—*San Salvador de Leyre* (ídem íd.). — *La Coronación de la Virgen, de Vicente Juan Masip* (ídem íd.).—*La diosa Minerva* (ídem íd.).—*Retablo de esmalte incrustado del santuario de San Miguel de Excelsis* (ídem íd.).—*Espada del Gran Duque de Alba* (ídem íd.). — *Tapicería llamada del Apocalipsis* (ídem íd.).—*Bosquejo histórico de la pintura cristiana en España* (ídem íd.).—*La Universidad complutense* (*Monumentos arquitectónicos de España*). — *Orfebrería de la época visigoda. Coronas y cruces del tesoro de Guarrazar* (ídem íd.).—Numerosos informes en el *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes*, acerca de monumentos, pinturas, esculturas, libros, etc., etc. — Artículos varios en las principales revistas. (Puede verse una bibliografía completa en los apéndices del discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, del Excmo. Sr. Conde de Cedillo, 1901.)

Excelsis, con sabios preliminares sobre cronología cristiana y escritura numeral arábiga, sobre la técnica de los esmaltes, deducida de los tratados de orfebrería de Theófilo, Cadaroso y Cellini, para llegar á deducir el origen rhiniano de la alhaja, acaso erróneo, pero sutilmente reducido!

Estos estudios y otros muchos de su mano contienen razonadas afirmaciones, entre las cuales, si no todas son hoy defendibles, no faltan las que *han causado estado* en la Arqueología española, como la del visigotismo del Baptisterio de San Miguel, de Tarrasa, la pintura del aire, de Velázquez, y la del nombre del autor del sepulcro del Cardenal Cisneros, por Madrazo estampado en lengua española por primera vez, sagacísimamente visto en las páginas de libros que muchos leyeron y ninguno aprovechó. Pero nótese (y es observación expresiva) que esas opiniones jamás fueron *dogmáticas*. Nada más contrario al temperamento flexible y tolerante de nuestro crítico, que la afirmación absoluta é inapelable. Así, es tímido en las atribuciones de los cuadros en su *Catálogo del Museo del Prado;* con tiento da la paternidad del *Triunfo* á Juan Van Eyck y su hermana Margarita, y con mesura respetuosa combate á Riaño en sus teorías sobre la transición califalnaserita de la arquitectura mahometana en España, que aquel sabio veía obscurísima, y Madrazo percibe claramente alumbrada por el sol mauritano, con teoría, si contraria á la actual creencia, sapientísimamente defendida por nuestro biografiado.

Su dispersa visión le permitió abordar también los temas de crítica sobre Arte moderno y sobre Estética y Teoría: aquéllos, con espíritu purista; éstos, con el de servir á los más altos fines de la Verdad y la Justicia, pues la fórmula de «el Arte por el Arte» parecíale credo de vacuidad y paganismo.

Etapa interesantísima de la labor de Madrazo es la que abarca su colaboración en los *Recuerdos y bellezas de España*. Pertenécenle los tomos de *Córdoba*, *Sevilla y Cádiz* y *Navarra y Logroño*. Los dos primeros, publicados en 1855 y 1856, en la época que puede llamarse *retórica*, son todavía unos de esos libros histórico-artístico-literarios, amenísimos y sugestivos, profundos en

los puntos que trata, pero olvidadizos de mil aspectos que á la Arqueología interesan. Mas como la larga vida del autor permitióle alcanzar los modernos métodos de análisis, al escribir en 1886 los tomos de *Navarra y Logroño*, su clara inteligencia, reaccionando sobre su anterior *manera*, le inspiró un libro detallado y ceñido á los temas de que trata: el más *arqueológico* de los suyos.

En el mismo sentido está inspirada, según creo, su *Historia de la Arquitectura española*, que la muerte cortó, dejándola inconclusa, libro inédito que esa Real Academia ansía ver publicado.

Cumple insistir, si se ha de dar el toque expresivo de la fisonomía de Madrazo, en el sentido literario que, por cima de arideces investigadoras y de sequedades arqueológicas, anima todas las páginas de sus obras. ¡Con qué deleite se escapa de las mallas eruditas en cuanto encuentra la ocasión! ¿No recordáis aquel su escrito sobre la *Espada del Gran Duque de Alba?* Lo más insignificante allí es el análisis del arma que esgrimió el triunfador de Muhlberg; lo más valioso son los párrafos en que comenta el épico canto á la espada, de Teodoro Koerner, la romancesca vida del caudillo glorioso, del cada vez más glorioso Felipe II. ¿No habéis saboreado sus palabras elegantes, como aquellas con que pinta la característica del Arte musulmán, diciendo: «El árabe repite los motivos ornamentales que ama, como repite el entusiasta asceta los nombres sagrados en que se condensan y compendian las únicas delicias de su vida»? Y es que Madrazo poseyó esencialmente el sentido de la distinción y del buen gusto. Con frase digna de la epigrafía lo expresó uno de sus biógrafos. «Nadie, dice el Sr. Mélida, ha hablado de Arte de un modo más artístico.» Ella es un retrato al vivo de D. Pedro de Madrazo.

***

Tales fueron esos dos grandes hombres. Luchadores ambos en el mismo terreno, ¿no era natural que en él se encontrasen, tratando idénticos asuntos, acordes unas veces en opiniones,

distantes otras, valientes y denodados siempre bajo el broquel de su enorme sabiduría? El combate tuvo, en la liza de este mismo salón, un episodio épico y memorable.

Ello fué el 19 de Junio de 1859. Celebraba la Real Academia de Bellas Artes el ingreso como individuo de número de D. José Amador de los Ríos, y era el acto reintegración de una costumbre estatuída, aunque por largo tiempo olvidada; por lo que la sesión adquiría caracteres de mayor solemnidad. La cual se acreció porque al discurso del recipiendario contestaba D. Pedro de Madrazo. Y así, en un mismo punto y hora ponían se frente á frente, en noble lucha del saber, armados de todas las armas que afilaran y acicalaran en largos años de estudiosas vigilias, aquellos dos hombres doctos, llegados al apogeo de su inteligencia.

Fué el discurso de Amador de los Ríos sapientísima disertación, en la que, mezclando los conocimientos histórico-literarios que atesorara al preparar la *Historia crítica de la Literatura española*, los *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España* y las *Obras de D. Diego López de Mendoza, Marqués de Santillana,* con los arqueológico-artisticos de muchos de los trabajos ya citados, *inventó*, en el sentido exacto de la palabra, aquella forma de arte tan bella, tan especialísimamente española, en la que colaboraron el espíritu cristiano y la mano mahometana: *el estilo mudéjar*, en una palabra. Marcados netamente quedaron en la peroración de Amador de los Ríos los orígenes y caracteres, el apogeo en el Alcázar de Don Pedro *el Cruel,* la actuación en iglesias y sinagogas, palacios y castillos; la muerte en la luminosa residencia sevillana de los Duques de Alcalá, en la que se abrazan estrechamente las artes góticas y mahometanas, moribundas, con las *platerescas* que veían las primeras luces. Y, para terminar, cantó un himno en honor de aquella tolerancia que compenetró las costumbres y los saberes de moros y cristianos.

Soberanamente pintado el cuadro, elogiólo Madrazo en su contestación, cual se merecía; pero entendiendo que faltábale el reverso, acometió una sagaz investigación, original en muchos

puntos, eruditísima de fondo, elegante en la forma, sobre el *estilo mozárabe*, mezcla también de las culturas de españoles y árabes, del que detalló las aportaciones respectivas de las artes visigoda y califal, el origen del arco de herradura en nuestra Arquitectura, el desarrollo de la grey mozárabe en la Axarquía de Córdoba y en aquella Tebaida andaluza, donde pululaban los monasterios Tabanense, Seuilense, Armilatense, Peñamelariense y Cuteclarense. Volviendo luego sobre el tema del mudejarismo, abarcó, en sapientísima ojeada, la génesis y el desarrollo de la profunda infiltración mahometana en el espíritu de los españoles, dando á luz textos poco conocidos de nuestra historia, y citas de autores extranjeros, como la del conde León de Rosmital, ignorado hasta entonces. Y Madrazo, siempre envuelto en la atmósfera de lirismo y poesía, terminó lamentando en párrafos elocuentes aquella *mahometización* de la sociedad y de las artes cristianas españolas, viriles y firmes por abolengo, innecesariamente sensualizadas por la influencia oriental.

Magno y reñido fué el torneo. Discordes los contendientes en lo que pudiera llamarse la Filosofía del tema, uniéronse para crear, con rasgos indelebles, el gran cuadro de la Arquitectura cristiano-mahometana en sus manifestaciones *muzárabe* y *mudéjar*, que tomaron cuerpo en aquella memorable sesión, uno de los más trascendentales jalones de los estudios arqueológicos en España.

***

Después, aun vivieron Madrazo y Amador de los Ríos años de trabajo intensísimo, á los que pertenece lo más valioso de aquellos escritos que citados quedan, poniendo de día en día nuevas piedras en el monumento por ellos elevado á las Artes españolas. Es la ocasión de juzgarlo, en rápido resumen sintético.

Culmina en la obra, como su cúspide y remate, no escasa serie de teorías básicas, de afirmaciones positivas, inconmoviblemente asentadas: el visigotismo, el latino-bizantinismo, el muzarabismo y el mudejarismo en nuestra Arquitectura; el origen y uso del arco de herradura en España; el visigotismo del Arte califal;

nuestra innata tendencia á la *nacionalización* de los estilos extranjeros; la génesis de las escuelas pictórica y escultórica medievales sobre un fondo esencialmente español; la magnitud de la figura de Felipe II como Mecenas de las Artes, y muchas más. Avaloran enormemente la labor de los dos insignes polígrafos la amplitud y novedad de los horizontes por ellos abiertos, como son el criterio técnico-histórico en la crítica de las Artes plásticas; los métodos monográficos, descuidados hasta entonces, la importancia que concedieron á las Artes industriales, vírgenes entre nosotros. Y decoran lujosamente el monumento de su labor aquella sabiduría de todas las disciplinas precisas para la apreciación y crítica de las ciencias histórico-artísticas, que manan en copiosísimos manantiales.

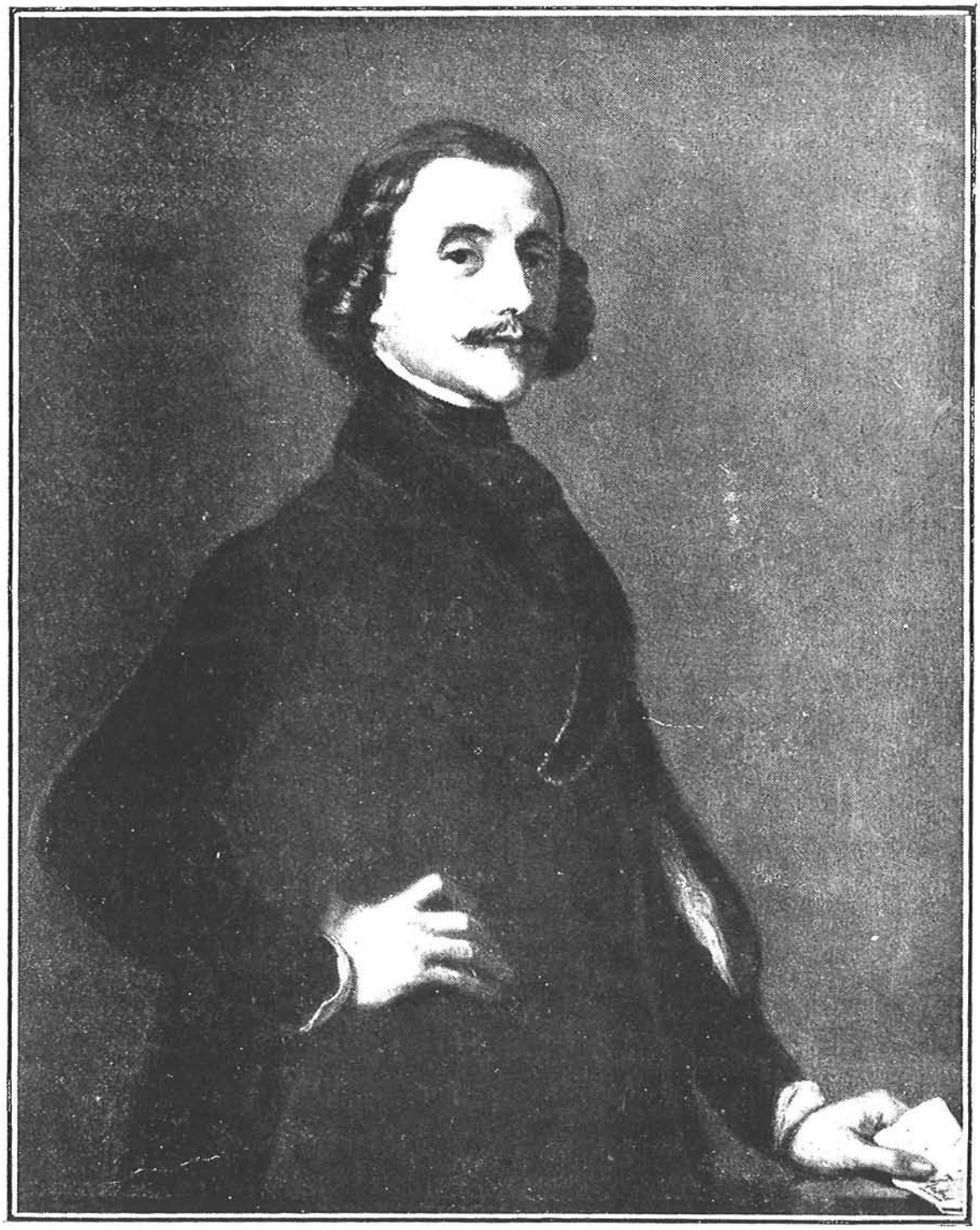
Cierto que, en este respecto, los escritos de Amador de los Ríos y de Madrazo pecan por exceso de retórica. Porque nacidos en la época en que Espronceda, el Duque de Rivas, Zorrilla y García Gutiérrez, con sus románticas fantasías los unos, y los otros con las evocaciones de poéticos mitos y personajes de leyenda, habían saturado de lirismo la atmósfera española, ¿qué extraño es que la Arqueología de aquellos sabios varones brotase envuelta en el ampuloso manto retórico, hasta ocultar á veces los contornos de la ciencia, que es su cuerpo? Hoy, cuando en los estudios artístico-arqueológicos domina la apreciación sintética, el dato seco, la fecha escueta y el juicio documentado, parécenos que los escritos de Madrazo y de Amador de los Ríos pecan de cansados alardes eruditos, de inmoderada exhibición de citas, sucesos y personajes, de plétora de fraseología. Injustos y parciales serán quienes de tal modo juzguen; cada hombre es hijo de su tiempo, y fuera insensato culpar á aquellos sabios de que el fruto sepa al agua que lo ha regado. Y bien quilatados los hechos, ¿no valen más que nuestros escritos de Arte, áridos y espinosos, aquel *Viaje artístico*, de Madrazo, y aquel *Tríptico*, de Amador de los Ríos, plenos de incursiones por todos los campos de la sabiduría, astillero inmenso de armas para la lucha con las sombras que entenebrecen todas las investigaciones históricas? Juzguemos del *espíritu* de esos estudios, y no de la *for-*

ma, y fallaremos el mundo de doctrina que nos legaron Amador de los Ríos y Madrazo.

No cabe, ciertamente, estimarla exenta de errores, de deficiencias y de dogmatismos. Si humano es errar, archihumano es errar en Arqueología y crítica artística, terrenos movedizos y deleznables. Y si hay etapas del camino donde el paso será fatalmente inseguro, son con especialidad esas que recorrieron nuestros biografiados. Porque antes que ellos, todo se ignoraba en la Arqueología española, entonces aún en el caos, como ciencia en formación. Fatal era, pues, que el tiempo minase é hiciera vacilar ó caer aquellas teorías sobre la Arquitectura naserita, la pintura de Juan Van Eyck, los orígenes del mudejarismo en la Vieja Castilla, el arte del *Greco* y las atribuciones de tantos cuadros del Museo ó de tantas obras de la escultura del Renacimiento. Pero nosotros, modernos arqueólogos, ¿podemos asegurar que no se derrumbarán lo mismo, ó quizá con más estrépito, nuestras flamantes afirmaciones? Vanidosa pretensión sería dudarlo. Respetemos, pues, hasta en sus errores, á aquellos sabios.

Firme quedará para siempre su labor; sobre ella se ha cimentado la mayoría de los estudios españoles modernos, pese al orgullo de algunos, que, despreciándolos con pretenciosa voz, se aprovechan inconfesadamente del tesoro allí acumulado. Sólo lástima merecen. Porque, como en otra ocasión dije, ¡qué cómodo es, y qué fácil, dibujar sobre una cuadrícula previamente trazada, ó viajar por un túnel ya rielado, y cuán insensato olvidarse ó despreciar la mano que la preparó y el ingenio que lo perforó!

Y esa mano y ese ingenio fueron en la Arqueología española los de Amador de los Ríos y Madrazo. Séales tributado todo honor y enaltecimiento, y sea esta solemne sesión corona de laurel que glorifique sus sienes, y en la cual mi voluntad, ya que no mi acierto, coloca una hoja, deseándola inmarcesible.



EXCMO. SR. D. PEDRO DE MADRAZO

Nació el 11 de Octubre de 1816. Murió el 20 de Agosto de 1898.

Discurso del Sr. D. Antonio Ballesteros y Beretta, Académico de número de la Real de la Historia.

Señores Académicos:

Día de intenso júbilo para la Patria es éste, en el cual se rinde tributo á la gloria de dos hijos esclarecidos de España, y cúmplese una deuda de justicia con Madrazo y Amador de los Ríos, nombres ilustres de la Nación española. La Academia de la Historia reclama su puesto en el palenque, y quiere alzar su voz en alabanza de quienes fueron prestigiosísimos miembros de la Corporación: D. José Amador de los Ríos ingresó el año 1848, versando su discurso de entrada sobre la *Influencia de los árabes en las artes y literatura españolas;* D. Pedro Madrazo formó parte de nuestra Academia desde el año 1861, desempeñando durante muchos años el cargo de Secretario perpetuo. De ambos la fama traspasó las fronteras, siendo honra y prez del Real Instituto. Sería insensato entonar himnos en loor de excelsos escritores prescindiendo de las producciones que inmortalizaron sus nombres; hablen por ellos sus obras, y por esta razón dedicaremos al examen de las mismas nuestra preferente atención.

El orden cronológico de su nacimiento precisa que trate primero de D. Pedro Madrazo y Kuhntz. Parece como si la estirpe obligase por fuerza del abolengo al insigne descendiente de un renombrado pintor, hermano de artistas y viviendo en un ambiente de selecta cultura; por eso el privilegiado espíritu de Madrazo elaboró sus aficiones de niño con los recuerdos de Roma, donde vió la luz primera; con las remembranzas de París, foco entonces del romanticismo, y por esta causa nuestro ilustre compatriota fué artista de la palabra y del pensamiento, escritor pulquérrimo y poeta romántico. La esbelta figura, los cortesanos modales y el trato exquisito del paladín de una nueva escuela, fueron hacia el año 1840 el encanto de los salones madrileños. García Gutiérrez, Espronceda y el Duque de Rivas, le contaron como su hermano en el culto de los misterios eleusinos, en el fervor

por aquellos ritos que reñían ruda batalla con la vieja liturgia del clasicismo literario. De esta época datan las inspiradas producciones de nuestro poeta y las cadenciosas *melopeyas*, género este último inventado por Madrazo. Pronto sus aficiones no habían de posarse exclusivamente en la región de las Musas; su raro ingenio ansiaba volar por otras comarcas, y la crítica artística, atrayéndole de manera irresistible, fué toda su vida el amor de sus amores. La Historia tenía en él un devoto fervoroso y un cultivador inconsciente. Es algo peregrino é interesante el averiguar esta transformación del espíritu de Madrazo desde la impremeditación á lo deliberado, fenómeno notable observado á través de su inmensa producción. En sus primeros libros de Arte la parte histórica es lo accidental y secundario: constituye en realidad el ornamento; lo esencial es la manifestación artística; á ella tienden sus esfuerzos; es preciso inquirir sus notas diferenciales, es necesario señalar su valor estético. Esto resulta patente en los primeros volúmenes de *España y sus monumentos;* lo histórico es la introducción, el comentario, la composición de lugar, como dicen los tratadistas; los sucesos políticos giran siempre alrededor del monumento; en ocasiones complementan el relato; pero el propósito del crítico, se ve con evidencia, no es otro que el manifestar las evoluciones del Arte; éste es un objetivo supremo y la meta definida, el asunto primordial de la obra. Sin embargo, á pesar de esta tendencia, el talento de Madrazo se sobrepone á sus propios deseos y al misterioso atractivo; lo histórico, en su genuina concepción enciclopédica, va abriéndose paso, va ganando terreno en su ánimo, y, quizá contrariando sus anhelos, aparece lo ornamental y complementario con un fulgor inusitado, y acaba por obtener la primacía. Ya en los últimos volúmenes dedicados a *Navarra y Rioja*, la Historia ha triunfado, el Arte es una de tantas manifestaciones culturales, los monumentos responden á un estado social, conmemoran acontecimientos políticos, y están unidos al recuerdo de una tradición, de un culto, á la memoria de un hecho guerrero ó de un personaje esclarecido. ¿Qué causas habían producido este cambio? Es cuestión de fechas; su discurso de recepción en la Academia

de la Historia es del año 1861: Madrazo rinde entonces tributo á las teorías acerca de la Filosofía de la Historia. Veinte años después, el espíritu del Académico, del Secretario perpetuo de la Corporación, de tan grata memoria, se ha transformado; sus dotes de poeta no le abandonan; pero ya no es el Madrazo de la intuición histórica, de las visiones de conjunto, de concepto fácil, de juicio pronto, no; sus galas literarias se hallan sustituídas por un trabajo paciente; el dato le preocupa, el documento le obsesiona; su narración jugosa y maciza no pierde la seducción irresistible de un estilo personal y ameno, pero se desliza con el paso reposado y solemne de noble prócer; no es ya la fluidez juvenil derroche de fantasía y prodigio de la forma: el seso y la cordura de la edad han refrenado sus ímpetus. Si mucho hicieron los años, no poco se debe también á la Historia, la severa musa de la verdad.

Pocos autores han tenido una fecundidad tan asombrosa. Su larga vida fué un continuo laborar. Sería tarea ímproba, y además improcedente, enumerar las muchas producciones de carácter histórico. Fijaremos nuestra atención en las de más relieve.

Su primer escrito de asunto histórico fué dedicado á Córdoba. La experta pluma de Pí y Margall comenzó la obra, y en verdad que, si no lo dijera su continuador, sería difícil distinguir dónde acabó Pí, y dónde comenzó Madrazo. Realiza nuestro autor el pensamiento que le atribuímos en la denominada por nosotros primera fase de su labor histórica. Para Madrazo, la historia de Córdoba es la historia de su mezquita; es cierto que esta declaración no está consignada en el libro, pero basta hojearle para comprenderlo. En vano nos habla de la *Córdoba* romana, de Séneca y Lucano; su mirada es rápida, tiene prisa por llegar á la dominación árabe, y entonces se advierte que los califas y la sociedad musulmana viven por la mezquita y para la mezquita. La gran aljama cordobesa presencia los martirios mozárabes; en sus alrededores vivieron aquellos cristianos sacrificados al furor de los fanáticos de Mahoma. Y aquí conviene notar una coincidencia: Amador de los Ríos y Madrazo trataron el mismo asunto, y lo hicieron con identidad de criterio; de ello hay prueba feha-

ciente por declaración expresa del autor de la *Historia literaria*. Nadie ha sentido Andalucía de una manera más honda ni más comprensiva. Su libro de *Sevilla y Cádiz* es, aparte del estudio concienzudo de su historia artística, un bosquejo completísimo de las vicisitudes políticas y culturales de la antigua *Hispalis* y de su hermana menor la vetusta *Gadir*. Las noticias más primitivas de clásicos autores son puestas á contribución con singular maestría en una época de relativo atraso para este género de investigaciones. La Tartesida, los Turdetanos, la remota Tarsis, con su legendario y munificente rey Argantonio; los fenicios y los púnicos, la civilización griega y la conquista romana, son otros tantos motivos de certeras observaciones y de erudito alarde, campeando de continuo la amenidad del narrador, la corrección del estilista y la competencia del sabio.

Algo ha llamado poderosamente nuestra atención, y no queremos dejarlo pasar en silencio. Madrazo, con alma de poeta, era un vidente, un iluminado; hacía resurgir de las sombras del pretérito la realidad histórica viva, palpitante, con su propio matiz y colorido. Aquella sentencia de Menéndez y Pelayo cuando dijo que el historiador debía poseer las cualidades del poeta, se cumple á la letra en nuestro autor. Pero hay más, y á ello singularmente nos referimos: Madrazo tenía un concepto de la leyenda que coincide en absoluto con el criterio de una escuela histórica moderna. Conviene recordar sus palabras; decía hablando de su obra: «Hemos huído del estéril y yerto escepticismo de la escuela malamente llamada *crítica*, que repudia la asistencia de la fábula y calumnia á las generaciones pretéritas, suponiéndolas ignorantes de sus orígenes. Esta escuela funesta no comprende que la humanidad, antes de consignar sus hechos en historias, tuvo que representarlos en alegorías, en emblemas, en poemas, para que pudiese fácilmente perpetuarlos la tradición». En esta última palabra se halla el tema de esta escuela modernísima, defendida hoy por Meyer, Wilamowitz-Moellendorf, De Sanctis, Pais y Víctor Berard. Sostienen éstos, como Madrazo, que en el fondo de toda leyenda se guarda un hecho histórico envuelto en los dorados ropajes de la poesía, en las abstracciones del mito ó

en la desfiguración posterior del saber popular. ¡Cuántos aciertos de Madrazo se deben á esta teoría, que de manera tan admirable supo aplicar á la Historia patria! ¡Las íntimas vibraciones del pasado se hallan condensadas en esas maravillosas leyendas! ¡Con qué cariño inquiere los vestigios de la casa solariega de Bustos Tovera! Nos describe con minuciosidad encantadora el jardín del noble sevillano, la puertecilla por donde debió entrar el Rey Don Sancho aquella noche trágica, evocando las figuras de Sancho Ortiz de las Roelas y de su prometida, la linda Estrella de Sevilla; con piadoso fervor nos dice Madrazo que recogió una rama del mirto que, según cuenta la tradición, sirvió de escondrijo al celoso Bustos. De idéntico modo nos refiere la leyenda de la vieja del candilejo; los mil incidentes: el desafío nocturno, la muerte del hidalgo, el ruido de la choquezuela de Don Pedro, el juicio y la cabeza de piedra conmemorando el suceso.

Al tratar de los maravillosos cuadros de *La Caridad*, debía surgir la figura de aquel caballero del siglo XVII, llamado don Miguel de Mañara, modelo, según algunos, de Don Juan Tenorio. La leyenda de Mañara presenciando su propio entierro está relatada primorosamente por Madrazo; su pluma es en esta acasión pincel de diestro artista, que refleja con galanura y precisión el relato legendario. No hace muchos meses, un ingenio de la altura de Rodríguez Marín ha resucitado el antiguo problema, demostrando cómo la leyenda puede tener como fundamento la personalidad del arcediano Vázquez Leca, para quien esculpió el inmortal *Montañés* una de sus mejores obras escultóricas.

Madrazo escribió su obra histórica culminante al trazar las vicisitudes de *Navarra y la Rioja*. La transformación á que aludíamos al principio se halla confirmada en cierto modo por confesión propia en las siguientes palabras: «Voy á intentar —dice— una obra paciente al par que amena: la restauración de un tesoro deslustrado y envejecido, del cual han de brotar formas, luces, resplandores, iris, matices no imaginados, grandezas olvidadas, bellezas en mal hora obscurecidas.» Ya no satisfacen á nuestro autor las síntesis comprensivas ni la general significación de los hechos; su afán investigador no se sacia con los resultados teó-

ricos de un sistema; busca, inquiere, escudriña sin descanso. Vascos entran en territorio navarro, y plantea las consiguientes cuestiones etnográficas: estos primeros pobladores, ¿fueron de raza ibera, como quiere Humboldt? ¿Son acaso celtas? Hoy podría mos interrogar, siguiendo á Schulten, si proceden de una estirpe ligur. Madrazo ataca todos los problemas; intenta descifrar el enigma de lengua éuskara, y halla motivo á eruditas disquisiciones acerca de la identidad ó diferencia de cántabros y vascones. La escrupulosidad investigadora de nuestro autor no perdona medio de allegar noticias. Yanguas, el P. Moret, Alesón y Favin, entre otros, guían al moderno historiador de la tierra navarra. Al llegar al memorable suceso de Roncesvalles, su veneración por las leyendas y tradiciones nacionales se muestra de nuevo con los mismos ardores de los tiempos mozos; las figuras de Carlomagno, de Roldán y hasta de Bernardo del Carpio se vislumbran muchos años antes que Gastón Paris, Rajna y Bedier escudriñasen el pasado remoto. ¿Quiénes fueron los vencedores del Emperador, los musulmanes, ó los vascos? Esta debatida cuestión se halla presentada con singular acierto por Madrazo. Puntos críticos como el extraño casamiento propuesto á Don Sancho, el héroe de las Navas, dilucidado en el siglo xx por Huici y Cirot; el origen de las cadenas de Navarra, y las empresas caballerescas de los Tardevenidos, de los campeones en las Grandes Compañías y de los navarros en Grecia tienen en Madrazo un narrador inimitable. Su espíritu no se satisface tan sólo con los grandes cronistas: quiere llegar á la solemnidad hierática del documento, para penetrar en sus recónditos secretos y arrancarle las escondidas verdades de la existencia pretérita de Navarra, y así, consulta con prolija minuciosidad los diplomas del archivo de la Cámara de Comptos, reseñados por el infatigable Vargas Ponce. De esta fuente histórica inapreciable fluyen las interesantísimas páginas donde refiere las costumbres cortesanas de las dinastías de Champaña y de Evreux, las regias cacerías, los indumentos, las joyas, los hábitos cinegéticos de los caballeros, cómo cuidaban de sus azores y halcones, su manera de ir á la guerra, los gastos y empresas, y tantas y tantas pe-

queñas minucias, verdaderas piedras de mosaico que integran é iluminan el vivir de antaño con el resplandor de la misma realidad.

No es menos valiosa la parte destinada á discurrir acerca de los Fueros y la Constitución de Navarra. Describe luego la extraña figura de Carlos *el Malo*, aquel Rey intrigante y andariego, árbitro en un tiempo de París, donde se hicieron célebres los *capirotes* rojos de las huestes navarras. Más adelante se reseña el calvario de aquel desgraciado Príncipe de Viana, blanco de la saña de un padre más atento á las conveniencias políticas que á los dictados del cariño y á los mandatos de su conciencia. La pluma de Madrazo se supera á sí misma al señalar, con la imparcialidad de un Polibio y la austeridad de un Tácito ó de un Cieza de León, los mil acontecimientos que condujeron á los dos hermanos, Carlos y Blanca, á morir impensadamente, en el momento de más fervor en sus partidarios; quizá la muerte tronchaba aquellas vidas, todavía jóvenes, arteramente guiadas por manos amigas, acaso unidas por lazos de sangre con las inocentes víctimas. Por último, César Borgia, poderoso cuando su padre, el pontífice Alejandro VI, derramaba sobre él sus incesantes favores, nublada su estrella, llegaba errabundo á Navarra, y Madrazo, en líneas vibrantes nos describe su muerte frente á Viana, por enemigo anónimo, despojado su cadáver de riquísimas armas y abandonado en el camino sin vestiduras, ignorándose su estirpe hasta que su escudero reveló el linaje y progenie del malvado Duque de Valentinois.

El tiempo pone límites á nuestro deseo, y hemos de cortar, bien á pesar nuestro, el análisis de la copiosa labor de Madrazo, historiador, artista, patriota y caballero.

No es menos difícil seleccionar entre las producciones de don José Amador de los Ríos, donde hay tanto que escoger entre lo bueno y excelente. Amador de los Ríos, no debemos olvidar, era catedrático de la Universidad Central; el sello dogmático, el método y la disciplina, son una nota peculiar de sus producciones.

Joya inapreciable del ingenio crítico es el estudio de Amador

de los Ríos acerca del Marqués de Santillana y de sus obras. El escritor en esta producción calza el coturno, y con estilo levantado y elocuente, narra con inusitado atractivo la vida y hechos del magnífico D. Iñigo López de Mendoza, Señor de la Vega y Marqués de Santillana. En animado cuadro van desfilando los sucesos de la época; los pleitos sostenidos por D.ª Leonor de la Vega, madre del caballero poeta; la primera educación literaria del joven prócer al lado de su abuela la ilustrada D.ª Mencía de Cisneros; la mayor edad y el casamiento de D. Íñigo; sus primeras armas en el bando del infante D. Enrique de Aragón; las desavenencias del Señor de Buitrago con el Conde de Castañeda; el combate de Araviana y la lucha con el moro, que enaltecen la gloria del biografiado; se describe luego cómo alcanza D. Íñigo el marquesado de Santillana y el condado de Manzanares por su lealtad con Juan II de Castilla, defendiéndolo contra las intrigas del Rey de Navarra y peleando cual bravo campeón en los llanos de Olmedo; por último, se refiere con brillante colorido la caída del gran condestable D. Alvaro de Luna, flor de ambiciosos magnates, de quien pudo escribir el Señor de Hita en su *Doctrinal de Privados*, fingiendo lamentación póstuma:

¿Qué se fiço la moneda
Que guardé, para mis daños,
Tantos tiempos, tantos años...,
Plata, joyas, oro e seda?...
Ca de todo non me queda
Sinon este cadahalso...
¡Mundo malo, mundo falso,
Non es quien contigo pueda!

No sabemos qué admirar más en este acabado trabajo, si la erudición ponderada y convenientemente distribuída, evitando la enojosa profusión, ó el estilo sosegado y majestuoso, como corriente de profundo y caudaloso río, digno de la acción caballeresca y de la magnitud del asunto historiado, ya el espíritu de sutil y fina crítica, engarzada en jugosas notas, que son andamiaje férreo que sostiene el edificio científico, dándole inconmovible solidez, singular atractivo y carácter de perdurable labor.

En los apéndices, entre otras curiosas noticias, anuncia la existencia de treinta y seis cartas del Marqués de Santillana, de Don Juan II, del Condestable y de otros magnates, las cuales no figuran en el estudio porque hubieran aumentado en demasía la extensión de un libro destinado á la publicación completa de las obras del gran escritor del siglo XV (1).

Pero hay más: José Amador de los Ríos, adelantándose á su época, es el precursor de la escuela investigadora del siglo XX. Sus dotes prodigiosas de rebuscador y su acrisolada honradez científica le hicieron presentir el porvenir de la crítica histórica y literaria, aplicando por intuición los métodos de las escuelas francesa y germánica, depurando los textos, apreciando las variantes, rebuscando con ahinco la lección más aproximada al texto primitivo, y aquilatando con exquisita minuciosidad y escrupuloso celo el valor de los códices, su filiación y origen, para lograr una edición pura y correcta. Parece asombroso que á mediados del siglo XIX, en medio del atraso de nuestros estudios literarios, rodeado de una atmósfera de retoricismo verbalista, se alzase un erudito de la talla de Amador de los Ríos, é implantase por impulso espontáneo las reglas de la crítica externa sobre publicación de textos que hasta muchos años después no habían de ser patrimonio de los doctos. Schiff, Vegue y el americano Pérez Curis, cuando trazan la figura literaria del Marqués de Santillana, parten del estudio del sabio Académico.

Si Bartolomé Gallardo, aquel zahorí infatigable, minero de la literatura, buscador de oro en el fondo de las bibliotecas nobiliarias y monásticas, allegador de códices, pergaminos y noticias en cúmulo tal, que espanta; si Gallardo, en opinión de muchos, era el hombre preparado y el paladín provisto de todas armas para acometer con fruto la ardua y colosal empresa de escribir la historia de nuestra literatura, estimamos que todavía le superaba en visión de conjunto y en mentalidad armónica para trazar la síntesis crítica D. José Amador de los Ríos. Es, pues,

---

1) *Obras de D. Íñigo López de Mendoza*, Madrid, 1852, pág. CXXXV.

su monumental *Historia crítica de la Literatura española* el brillante remate de una vida laboriosa y el fruto sazonado de intensos estudios monográficos. La obra del preclaro Académico llenaba un vacío sentido hacía mucho tiempo, resolvía una necesidad cada vez más apremiante, no resuelta con los escritos generales de Schlegel, Arend, Wolf, Sismondi, Ticknor y Pubuisque, ni menos con los particulares de Schack y Hallam. Cuáles son sus normas críticas, nos lo dice él mismo en el siguiente pasaje: «En una literatura donde no brilla y sirve de perpetuo faro una idea luminosa, un hecho de alta y fecunda moral, ó de vivificador patriotismo, que haya menester manifestarse y transmitirse á las generaciones venideras por medio de ciertas normas de arte y de lenguaje, nada importa, en verdad, que sean éstas más ó menos clásicas, ni que sea el estilo más ó menos alambicado ó sencillo, ni el lenguaje más ó menos delicado ó gresoro». Observamos que el ilustre crítico, con un pleno sentido de la realidad histórica, no se aparta un momento de la contemplación de los sucesos políticos, y, sobre todo, fija su mirada en aquellos grandes ideales patrios de la nacionalidad española en las diversas fases de su historia que han influído en su idiosincrasia espiritual y han moldeado su alma colectiva, manifestándose en las artes plásticas y la literatura y reflejándose en todos los aspectos del dinamismo humano. Con qué elementos llegaba á la liza, también nos lo dice: «Arduo por extremo es el empeño, y excesivo el peso que echamos sobre nuestros hombros; pero si no podemos confiar en nuestras fuerzas y largos estudios, llamados desde la juventud á este linaje de tareas é investigaciones, anímannos la fe y el más acendrado amor al Arte, abrigando el convencimiento de que no han de ser de todo punto estériles nuestras vigilias, al examinar las producciones del ingenio español bajo todas sus fases y en todas las edades de su laboriosa y gloriosa vida». Su modestia le impidió añadir se presentaba en condiciones excepcionales; sus conocimientos clásicos, su dominio del griego y del latín, su preparación filológica y sus aficiones semíticas, hacían de Amador de los Ríos el único capaz de arrostrar tamaña empresa.

Comienza el insigne autor su obra en la época romana; pues, entre otras razones, dice: «Hay en el genio de Séneca y de Lucano cualidades que pertenecen al genio español de todas las edades, como han pertenecido siempre á nuestra Península el clima meridional y la prodigiosa fertilidad de los campos». Después, en concienzudos y eruditísimos capítulos, traza un cuadro acabado de la España de los Leandros é Isidoros, deteniéndose con morosa delectación en la venerable grandeza de la himnología visigoda, modelo de poesía sacra y suntuoso complemento de aquella liturgia severa, al par que majestuosa y solemne. Es tal la cantidad de doctrina atesorada en esta primera parte de la obra, que el libro magistral de Ebert poco agrega, en lo referente á nuestra Patria, á lo ya mencionado acerca de la literatura visigótica por José Amador de los Ríos.

Con cuánta alegría se expresa al anotar que la insustituíble obra de Dozy llega á sus manos en el momento de redactar los capítulos referentes á las letras cristianas durante la dominación árabe; el escritor holandés confirma los juicios de nuestro insigne compatriota. De mano maestra se halla descrito el ambiente musulmán, donde lucharon y escribieron Eulogio y Álvaro. Pasados muchos años habría de publicar Simonet su hermoso tratado sobre los Mozárabes, pero hasta entonces se mantuvo vigente cuanto nos transmitió la perseverante labor del crítico que había reunido con escrupuloso cuidado las noticias de la *España Sagrada*, uniéndolas á sus propias investigaciones, y formando un relato continuado y fidedigno. Fina percepción demuestra al discutir en documentados pasajes la fecha y la paternidad de las primitivas crónicas de la Reconquista; la justificación de esta preocupación crítica ha sido confirmada en nuestros días por la monografía del Académico Sr. Blázquez sobre Pelayo de Oviedo y con la publicación reciente de la *Crónica de Alfonso III*, edición depurada, debida á la pluma del docto jesuíta P. Zacarías García Villada.

Sin embargo, nuevos esfuerzos de pasmosa erudición encierran los capítulos de la aparición de la literatura vulgar y los orígenes latinos del metro y de la rima. Podrá opinarse de diversa mane-

ra, serán acaso estimadas hoy como erróneas las conclusiones del autor acerca de los *orígenes y formación de las lenguas romances* y sobre las *formas artísticas de la poesía vulgar escrita;* pero sea cual fuere la posición científica adoptada, siempre se admirará en Amador de los Ríos la disciplina del pensamiento, la lógica argumentación y la sinceridad de sus asertos. ¿Y qué diremos de su tratado de los *Romances castellanos*, renovado en la *Historia literaria española?* La sagacidad crítica corre parejas con el caudal erudito, y ambos de consuno construyen una teoría original y personalísima.

Nada más hermoso que sus disquisiciones al dibujar la figura del *Cid Campeador* como héroe popular, glorioso epónimo de la literatura medieval castellana. No es posible resistir á la consignación de las propias palabras del maestro: «El Rodrigo de la *Leyenda* es de natural altivo y temerario, llevándole á las más arriesgadas empresas no tanto el sentimiento del deber, respecto de su religión y de su patria, como el febril é insaciable deseo de novedades. El *Cid* del *Poema* es también esforzado y valiente; pero obra siempre impulsado por el honor, ostentando en todas sus acciones el sello de la piedad, de la mansedumbre y de la prudencia. Es el Rodrigo de la *Crónica* el joven impetuoso que hace excesiva gala de su arrojo, y que prodiga, acaso sin necesidad, sus hazañas... Entre Rodrigo y el *Cid* se halla, por tanto, la línea divisoria que existe entre la juventud y la ancianidad, constituyendo esta capital diferencia el original carácter del héroe de la *Leyenda*, cuya espontaneidad de acción y movimiento de ideas y palabras puede sólo compararse á la naturalidad, frescura y desembarazo de aquel enérgico boceto». En estas páginas insuperables se vislumbra al precursor de los trabajos de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Amador de los Ríos es el primer impulso, la iniciación obligada y cronológica de los estudios de Dozy, Menéndez Pidal, Bonilla y Puyol acerca de Rodrigo Díaz de Vivar, foco central de toda la epopeya castellana.

Consideramos un singular acierto la detallada exposición de las transformaciones del arte vulgar al compás de los progresos de la Reconquista. Su certero instinto de historiador siempre le

acompaña, y así dice del Rey Sabio: «Sólo el ciego espíritu de la intolerancia, y el ignorante desdén con que se ha perseguido por algunos escritores la memoria de este Rey, podría negarle el alto galardón que le conquistó su cordura». Y siguen sus apreciaciones, atinados juicios y peregrinos descubrimientos, como el *Misterio litúrgico de los Reyes Magos*, el del libro de los *Engannos et Assayamientos de las mugieres*, forma castellana del *Sendebar* indostánico, y el *Libro de las tres razones* del caballeroso D. Juan Manuel, que lo mismo peleaba en el Salado con su espada lobera, como escribía los encantadores apólogos del *Conde Lucanor*.

Las copiosas notas de Amador de los Ríos, plenas de rebosante sabiduría, y sus informadoras ilustraciones, son aún hoy día famoso arsenal adonde acuden los reputados por más doctos y entendidos, para construir bien pergeñados trabajos que para muchos pasan por labor original y preciadísima. La polémica literaria sobre la figura del Arcipreste de Hita, resucitada en reciente fecha, se halla intacta, con todas sus facetas y opiniones, en la obra del erudito español, que yo calificaría de *magna* entre las Historias de nuestra literatura. Los sabios de la talla intelectual del autor de los *Orígenes de la novela* reconocen paladinamente los quilates y la valía científica de quien investigó la aparición del elemento caballeresco en la literatura española. Por último, si ardiente curiosidad y satisfacción provechosa se experimenta al leer y estudiar lo ya expuesto, aumenta de punto el interés y crece el deleite al saborear los postreros capítulos dedicados al siglo XV, á la corte de Don Juan II y á los gloriosos tiempos de Fernando é Isabel.

Cuatro voluminosos tomos en folio dedicó á la *Historia de Madrid*, colaborando en esta empresa su particular amigo don Juan de Dios de la Rada y Delgado. Fortuna fué para la antigua *Magerit* tener un historiador del fuste de Amador de los Ríos, Gracias á él se exhumaron los antiguos privilegios de su archivo, se consignaron en forma perdurable las hazañas de sus hijos y hubieron de inmortalizarse los nombres de sus prosistas y poetas. Los caballeros segovianos que debelaron el *castillo famoso*,

que, según frase poética de Moratín, *al rey moro* aliviaba *el miedo*, no pudieron columbrar que conquistaban en aquella pequeña población la futura capital de España.

Pocos años antes de su muerte publicaba el primer volumen de su concienzuda *Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal.* Esta es la última de las obras importantes del maestro. De grandes alientos, de severa crítica y de concienzuda investigación, es la primera en su género. Si la Historia literaria tuvo continuadores y sigue atrayendo á los estudiosos, la vida de la raza hebrea en nuestro suelo cuenta con pocos, con escasísimos cultivadores. Como roca granítica, sigue inconmovible el ingente trabajo de Amador de los Ríos. Sus curiosas aportaciones, los raros documentos, la organización de las aljamas, las mercedes de los soberanos de Aragón y de Castilla en favor de la estirpe de Israel, las luctuosas matanzas, los cuadros de sangre y persecución, la ciencia rabínica y la literatura de judíos son, y siguen siendo, un rico venero, una labor estructural y completa, donde acudieron y acuden los amantes de las letras hebreas, ya se llamasen Schwab, Fernández y González, Fita, Jacobs ó Carrière.

Para terminar, queremos reproducir unas palabras de Menéndez y Pelayo relativas á nuestro insigne compatriota. Dice, refiriéndose á su *Historia de la Literatura española:* «Saludémosla como un venerable monumento de ciencia y paciencia, de erudición y patriotismo, imperfecto, sin duda, como todas las obras humanas, y más las de tan colosales proporciones, pero digno de todo respeto por la grandeza del plan, por la copia enorme de materiales nuevos, por la amplitud de la exposición, por los frecuentes aciertos de la crítica, y aun por el rigor sintético de algunas clasificaciones...; los mismos adversarios de Amador tendrán que acudir siempre á su obra en busca de armas para impugnarle, rindiendo justo tributo á su labor inmensa y honrada, al tesón férreo de su voluntad, á la natural perspicacia y solidez de su espíritu...»

Nuestra misión ha terminado; el breve, rapidísimo bosquejo de los escritos de Madrazo y Amador de los Ríos, son muestras

suficientes de su fama perdurable. La sola enumeración de sus obras sería más elocuente que cien discursos. La Patria, honrando á tales hijos, se honra á sí misma.

Discurso del Excmo. Sr. D. Antonio Maura y Montaner, Director de la Española.

SEÑORES:

La Real Academia Española, á quien inmerecidamente represento, se asocia muy complacida al homenaje que sus dos hermanas rinden á D. José Amador de los Ríos y á D. Pedro de Madrazo, ausentes los dos de esta vida fugaz, pero ambos galardonados por el honroso empleo que de ella hicieron, con el perdurable mérito de sus obras.

Sea cual sea el lote que á cada individuo corresponda en la distribución de los destinos y las vocaciones humanas, únicamente de este modo se triunfa contra la muerte: incorporando la frágil vida al acervo imperecedero de la cultura y el bien colectivos.

Pero no todo consiste en esta individual, abnegada y bienhechora transfusión: no basta agregar al secular patrimonio las esencias más depuradas de cada ingenio, de cada inspiración, de cada asiduidad ó de cada heroísmo; también importa mucho que los hombres cuyas son las obras buenas, no queden anonadados, desvaneciéndose en el olvido. Aunque, entre todas las claudicaciones, suele la ingratitud quedar impune, esta vez saldría castigada, con pérdida de la ejemplaridad alentadora, simiente fecundísima de bendición.

Con las obras comparten y deben compartir la inmortalidad sus autores: ellas de por sí no desmerecerían cuando éstos fuesen desconocidos, y, sin embargo, acontece que no sólo forman constelación luminosa en el firmamento espiritual los insignes nombres ciertos, sino que, cuando la posteridad los perdió, se obstina en tomarlos prestados de la leyenda, repugna el anónimo

descastado y seco, como un canibalismo de los espíritus; el nervio de la vida consiste en el afecto, y los afectos humanos se vinculan en las personas, y no en las cosas. Manifiéstase de este modo la condición social, hondamente arraigada en nuestro ser; y la menor parte de la sociabilidad humana resulta ser la que se ejercita entre contemporáneos. Inmensamente mayor es la convivencia con los antepasados, de quienes solemos ignorar cuánta herencia hemos adquirido, y también con las generaciones venideras, cuyo advenimiento forma, en amorosa expectación, el más alentador incentivo, aunque indeliberado, para nuestro desvelo. Si cupiese extinguirlo, nuestro vivir quedaría súbitamente empobrecido, roto quizá. Estamos presenciando cómo, en pro de un futuro azaroso y enigmático, se sacrifican con heroica tenacidad oleadas innúmeras de existencias humanas y raudales inmensos de energía social. ¡Tan íntima y absorbente es la comunidad de los que transitamos por la vida y los que forman lo principal de ella, cabalmente porque ya murieron ó todavía han de nacer!

Conmemoremos, pues, y honremos juntos á estos dos compatriotas, cuya memoria nos ha congregado hoy; con advertencia de que, al convertir hacia lo pasado nuestras miradas, además de recrearnos en la justicia que les hacemos, laboramos provechosamente hacia lo porvenir.

En rigor, cumplido está de manera insuperable el designio de esta solemnidad, porque las dos figuras han sido evocadas, y sus semblanzas trazadas magistralmente. También se ha notado ya, como lo requiere una estimación justa de sus méritos, cuán diversos de los actuales fueron los tiempos en que Amador de los Ríos y Madrazo trabajaron, luchando con las dificultades que suelen hallar los iniciadores, entre quienes se les ha de contar para la índole de estudios de su predilección, proseguidos luego por más desembarazadas vías.

Apartándome, por lo tanto, de insistir en los aspectos de erudición histórica y de crítica artística, algo debo decir de la otra fase que, en la obra de los dos ilustres escritores, más especialmente concierne al peculiar ministerio de la Academia Española. En verdad, ninguno de los dos profesó los estudios filológicos;

tampoco la amena literatura, aquella que es toda albedrío, alada como las mariposas, tan pronto posándose sobre las realidades y clavando en ellas la observación penetrante, como revoloteando por los ámbitos luminosos y perfumados de la fantasía. Las más veces escribieron de asuntos concretos, de materia técnica ó erudita; y con deberse no tener en poco la claridad, la amenidad y el arte de tales escritos, hállase que los aciertos y primores literarios eran en ellos subalternos, según la intención misma de los autores. Aun así, cultivaron con notable fortuna el género, que entonces era novedad, de las monografías, circunscritas, al cabo, á determinado tema, pero no desentendidas de las conexiones que lo enlazan con antecedentes y consiguientes, ni de las notas críticas que lo encuadran y sitúan entre las fluctuaciones históricas de las Bellas Artes y de la cultura, considerada en su conjunto. Como que de la pluma se valieron todas sus empresas, el interés literario les es común.

Mas, por añadidura, los merecimientos, en este orden, del Sr. Madrazo, le llevaron á uno de los sillones de la Española; y aunque otra tal elección no recayó en el Sr. Amador de los Ríos, tuvo para ella sobrados títulos, cuya proclamación oficial quizá se frustró á causa de la relativa brevedad de su vida.

Ya en 1839 había impreso en Sevilla un tomo de versos, en unión de otros de su gran amigo D. Juan José Bueno, casi todos ellos de asuntos históricos y seguidores del gusto romántico, á la sazón en boga. Compuso también las tres piezas dramáticas intituladas *Empeños de amor y honra*, *Felipe el Atrevido* y *Don Juan de Luna*, aunque no me consta si se llegó á representarlos. En los periódicos *El Cisne*, *La Revista Española de Ambos Mundos*, *El Museo de las Familias*, *El Museo de Ciencias y Artes* y *El Laberinto*, escribió artículos, no tan sólo de historia política, sino también de crítica y de historia literaria, y entre las biografías de Fr. Luis de León, Góngora, Rioja, etc., compuso y publicó un fragmento épico titulado *Un día en Granada;* expansiones varias de su afición, que no llegaron á sujetar su esfuerzo ni á caracterizar su vida.

Mayor ahinco puso en otro género, más cercano á su obra

capital: tradujo la parte española d la *Historia de las literaturas del Mediodía de Europa,* de Mr. Si nonde de Sismondi; patrocinada por el Duque de Osuna, en 852 hizo una estimable edición de las *Obras del Marqués de antillana,* acompañadas de la Vida de este prócer, que supo s rlo también allí donde las glorias y grandezas no pasan ni n dan cual *verduras de las eras.* Todavía tienen conexión con l fase literaria los *Estudios históricos, políticos y literarios, so re los judíos de España* ampliados más tarde en la *Histori social,* obra postrera de, su vida.

Pero ni ésta ni las demás mencionadas forman la producción culminante de Amador de los Ríos; más descolló como historiador de nuestras Letras.

Aunque de su pluma no hubiesen salido sino los siete nutridos tomos en cuarto de la *Historia crítica de la Literatura española,* ellos bastan para ejecutoriar servicios de los más insignes en favor de esta nobilísima parte de nuestra cultura, siquiera no avanzase más acá de la segunda mitad del siglo XV. Siendo asombroso el trabajo que aquellos siete volúmenes atesoran, se ha reconocido y dicho, muy fundadamente, que la vida del escritor, aun habiéndosela concedido Dios más larga, jamás alcanzara á proseguir la *Historia crítica* hasta los tiempos recientes, pues quedó cortada en vísperas del portentoso florecimiento de nuestra Edad de Oro.

A su vez, D. Pedro de Madrazo, en fecha todavía más temprana, aunque ya comprendida en la dominadora ráfaga del romanticismo, publicaba también juveniles ensayos poéticos: primero, en el periódico *El Artista;* luego, en otro, cuyo rótulo, *No me olvides,* da bastante indicio del ambiente literario donde florecía; después, en *El Iris,* un poemita titulado *La toma de Granada,* que premió el Liceo, seguido de otras varias composiciones, también poéticas, alguna más extensa en la *Revista Hispano-Americana,* de metros y asuntos varios.

Especialidad de Madrazo fueron las poesías destinadas á recitarlas con acompañamiento del piano; consorcio literario-musical que adaptaba á su tiempo el remoto trovar en las cortes de

Amor, como lo recordaba el Marqués de Molíns cuando, en nombre de la Academia Española, le dió la bienvenida.

Pero no hizo larga mansión en el trato de las musas, el cual más bien se ha de atribuir á los aires que reinaban cuando él sentía las fascinaciones congénitas de la adolescencia y de la primera juventud. Atrájole, finalmente, la verdadera vocación hacia otro género de escritos, y los prodigó con afortunada galanura y con copiosa erudición, no tan solamente en la ya citada *Revista Hispano-Americana,* sino también en el *Semanario Pintoresco,* la *Revista de Madrid,* la *Ilustración Católica,* el *Album Pintoresco Universal* y la *Enciclopedia Moderna,* al tiempo mismo en que traducía obras como el *Manual de la Moral cristiana,* las *Consideraciones de las verdades de la Religión cristiana,* del Obispo de Debra; el *Tratado de Derecho penal,* de Rossi; *El libro de los oradores,* de Mr. Cormenin (Timon), y la *Historia del Consulado y del Imperio,* de Mr. Thiers.

Más que en calidad de autor de obras genuinamente literarias, fué llamado Madrazo al seno de la Academia Española, y lo proclamaba el Marqués de Molíns al recibirle, en consideración á su varia y extensa cultura y á la singular pericia que tenía acreditada en asuntos de erudición arqueológica y de crítica artística; colaborador, por todo esto, muy eficaz en las tareas profesionales de aquella Corporación. Conservó dentro de ella la general estima que dondequiera siempre mereció y obtuvo. Recuerdo yo haberle hallado entre los Consejeros de Estado, asistido del común respeto, en los años de mis primeros ejercicios forenses. Evoco aquella figura esbelta y atildada, aquella testa aguileña, aquellas arcaicas melenas, reminiscencia del juvenil ardor romántico; aquellas manos de marfil, destacadas sobre el forro carmesí de las amplias mangas de la toga. ¡Quién me pronosticara entonces que un día, nevadas mis sienes, me correspondería depositar sobre los remozados trofeos de aquel veterano insigne de la cultura patria esta pobre muestra de la estimación que la posteridad habrá de ofrendarle perdurablemente.

Volveré á la idea inicial, que parece paradoja mientras no viene á confirmarla la reflexión. Evocar estas figuras beneméri-

tas, honrar su memoria, acreditar con nuestro testimonio que ellos ganaron ante el tribunal de la muerte el pleito que el olvido le tiene puesto á la diligencia y la gloria humanas, poco valdría si no hubiese de aprovechar más que á los ya ausentes, quienes reposarán en la mansión serena, y para nada necesitarán de nosotros; vale mucho, porque satisface y aviva nuestro amor á la justicia, porque remoza los incentivos santos del buen ejemplo y porque ennoblece y ensancha nuestra propia vida, la cual nos pertenece con individualidad y actualidad en nuestro ser corporal; pero en los adentros del alma, apenas posee cosa que no le haya venido por herencia ó no le haya sugerido el innato y santo amor á una posteridad venidera.

II

«LECTURAS HISTÓRICAS (EDAD ANTIGUA) Y NOCIONES GENERALES DE HISTORIA E HISTORIA DE LA EDAD ANTIGUA»

de Doña Baldomera Emilia Martín.

Acatando la designación del señor Director, tengo la honra de informar á la Academia acerca de las dos obras *Lecturas Históricas (Edad Antigua)* y *Nociones generales de Historia e Historia de la Edad Antigua,* de que es autora Doña Baldomera Emilia Martín González, Profesora de la Escuela Normal de Maestras de La Coruña y alumna que fué de la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, la cual pretende que la sirvan de mérito en su carrera y que, para su informe, han sido remitidas á la Academia por Real orden, comunicada por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.

La primera de estas obras, ó sea la titulada *Lecturas Históricas*, entresacadas, según se manifiesta en la portada de la misma, de las obras de Masperó, Ebers, Fustel de Coulanges, Sienkiewicz, Anatole France y otros, forma un pequeño volumen de 214 páginas, en 8.°, y su objeto, según lo manifiesta la autora